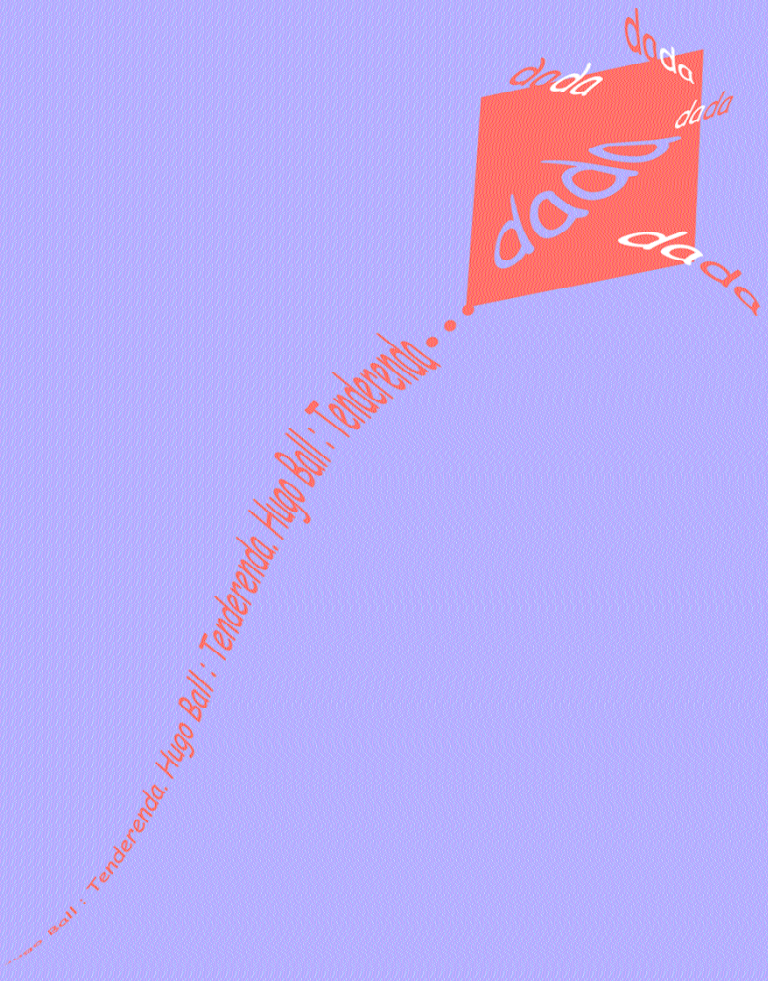
Tenderenda el fantástico

Hugo Ball



MALDOROR

Hugo Ball

Tenderenda
el fantástico

Traducción:

Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título original: *Tenderenda der Phantast*
Título de la edición en lengua francesa:
Tenderenda le fantasque

Primera edición: 2005
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG–1009–2005
ISBN: 84–934130–5–4

MALDOROR ediciones, 2005
maldoror_ediciones@hotmail.com

Tenderenda el fantástico

novela dada

Oh, vos, mis señores y damas,
Que contempláis esta pintura,
Os pido que roguéis por las almas
De aquéllos que están en sepultura.

San Bernardo

I. La ascensión del vidente

Nos encontramos transportados a la emoción de una ciudad imaginaria. Un nuevo dios es esperado. Foudretête (de la que ésta será la única aparición en la novela), ha elegido domicilio en una torre, desde donde distribuye variopintos boletines destinados a dar cuenta de la evolución de las cosas. Cae una tarde tibia. Aparición de un charlatán, que, en la plaza vieja, deja entrever que va a subir al cielo. Ha concebido para este fin una teoría personal, que expone prolijamente. Fracasará, sin embargo, a causa del escepticismo del público. Consecuencias de ese fracaso.

Aquel día, Foudretête no pudo asistir a la fiesta. Sentado ante atlas y compás, se afanaba en divulgar la sabiduría de las esferas superiores. Los largos rodillos de papiro –cubiertos de signos y animales pintados–, que arrojaba desde la torre, advertían al pueblo de a pie que estaba bajo nidos de legiones de ángeles, que, sin desmayo, revoloteaban a su alrededor con estridentes gritos. Pero ese día se vio a alguien que llevaba por las calles de la ciudad, en el extremo de una larga percha, un cartel en el que podía leerse:

> Talitha qoumi, nena, levántate,
> Eres tú, serás tú.
> Hija del arroyo, madre de la alegría,
> Aquellos que han sido ahorcados, exilados
> Encarcelados y quemados en la hoguera
> Claman por tí.
> Libéralos, oh bendícelos,
> Tú la desconocida,
> ¡Manifiéstate!

Con ayunos y purgaciones, la ciudad se preparaba para la aparición de un nuevo dios y algunos ya se apartaban de la turbamulta, diciendo que lo habían encontrado entre el gentío. Se publicó un aviso, donde se advertía que quienquiera que fuese sorprendido visitando sin autorización las ruedas de las campanas y las torres de los harapos sería librado vivo a la muerte. El vínculo causal se había hinchado de ovas y fue ofrecido, a la vista de todos, como alimento de las arañas sagradas. Acompañándose de matracas y cornamusas, artistas y eruditos se retorcían las manos en largas procesiones de súplica y café. Pero en todos los

soplos de aire y en los tragaluces colgaban las filigranas y surgían las jeringas de cristal.
Entonces, llegando desde el otro lado de la plaza vieja como para una cita, se vio aparecer al vidente de cara violeta, comandando a las casas que reían, a las estrellas, a la luna y a la muchedumbre, y diciendo:
“Amarillo limón son los cielos. Amarillo limón son los campos del alma. Hemos inclinado nuestra cabeza oblicua hacia la tierra y abierto bien los oídos. Hemos desplegado sayales y capuchas y nuestra espalda de porcelana brilla fulgurante en la estructura.
En verdad, os digo, no es a vosotros a quien concierne mi humildad, sino a DIOS. Cada cual busca una felicidad para la que no da la talla. Nadie tiene tantos enemigos como podría tener. El hombre es una quimera, un milagro, casi divino, lleno de malicia y astucia a partes iguales.
Un día, ya no pude reconocerme a mí mismo, curioso y suspicaz como era. Entonces lo abandoné todo y me recogí. Ahora la vela arde y gotea sobre mi cráneo. Pero conocí en primer lugar esto: pequeño y grande, es locura; grande y pequeño, relativismo. Y así fue como con un crujido chasquido mi dedo salió disparado a quemarse al sol. Y así fue como la aguja del reloj del campanario quebró el suelo de la calzada. Pero vosotros, que creéis sentir, vosotros sois sentidos.”
Hizo una pausa para rascarse la oreja y lanzó una mirada hacia el quinto piso del cuarto edificio. La pierna de seda rosa de Lunette asomaba allá arriba por una ventana. Debajo estaban sentadas dos criaturas aladas, succionando la sangre.
Y el vidente prosiguió:

“En verdad, ninguna cosa es lo que parece ser, pero está poseída por un espíritu vital, un kobold, que puede permanecer inmutable tanto tiempo como se le mira. Pero si lo desenmascaramos, se transforma y se hace monstruoso. Yo he soportado durante años el peso de cosas que aspiraban a ser liberadas, hasta que reconocí y vi su dimensión. Entonces, el fervor me sublevó. ¡Espantosa vida! Entonces, abrí completamente los brazos para defenderme y me eché a volar, me eché a volar derecho como una flecha por encima de los tejados.”

Y entonces se pudo ver como el vidente, hechizado por el arrebato de sus propias palabras, no había pronunciado vanas promesas. Batiendo el aire con gran ruido de sus dos manos, se alzó del suelo, voló como para un intento un buen trecho del camino de la tarde, luego, describiendo una curva descendente, mal que bien acabó por detenerse, después de algunos saltitos.

El populacho, colgado de las ventanas hasta la cintura por todos los lados de la plaza vieja, estaba asustado, pero manifestó su descontento y su incredulidad meneando la cabeza, agitando con todas sus fuerzas las cornetas de sal y los farolillos de papel que había llevado, y gritando: “¡El cristal de aumento! ¡El cristal de aumento!”

Se sabía, en efecto, que el vidente utilizaba con frecuencia un cristal de esa clase para sus demostraciones, de modo que nadie podía ver otra cosa en todo aquello más que engaño por su parte; y pensaban, además, que se servía de ese instrumento para enmascarar sus maquinaciones. Hubo igualmente un intermedio, cuando una mujer curiosa, que hasta

aquel momento había aplaudido contra el asta de una bandera, perdió interés y se vio empujada hacia el este, por encima de los tejados, por el viento de la tarde. Ítem, un gallo con la cresta desplumada pasó volando sobre los abanicos de las damas; lo que fue considerado como un signo de inventiva vanidad.

Y, en efecto, el vidente perturbado y descorazonado, sacó de su bolsillo el espejo de aumento –un espejo que tenía, dicho sea de paso, el diámetro de una de esas grandes ruedas que podemos ver en las ferias. Era de cristal, tallado con una extraordinaria delicadeza, enmarcado en plata y bellamente adherido a un largo mango de madera. Sosteniendo ese espejo –en una pose trágica– por encima de su cabeza, súbitamente se elevó con un solo impulso en los aires, se oyó un gran estrépito de cristales rotos y desapareció en los mares amarillos de la tarde.

Pero las esquirlas de cristal del espejo mágico resquebrajaron las casas, rajaron a los hombres, el ganado, las danzas funámbulas, las fosas sépticas y a todos los espíritus fuertes, de tal modo que el número de castrados aumentó de día en día.

II. Johann, el caballo de tiovivo

Verano de 1914. Una fantástica comunidad de poe - tas, con sospechas más que razonables, decide a tiempo poner a salvo a Johann, su dada simbólico. De como Johann primero rehusa, y después con - siente.
Errancia sembrada de obstáculos, bajo la tutela de un cierto Benjamin. Encuentro en lejanos paises con el jefe de tribu Clairdefeu[1]*, que finalmente resulta ser un soplón de la policía. De como se relaciona una consideración historiológica con el parto de un perro policía, en Berlín.*

– Una cosa es segura, dijo Benjamin: la inteligencia es diletantismo. La inteligencia ya no nos asombra. Ellos vuelven sus miradas hacia el interior, nosotros hacia el exterior. Son los jesuitas de la utilidad. Inteligente como Savonarola, eso no existe... Inteligente como Manassé, ¡sí! Su Biblia es el código civil.
– Tienes razón, dijo Casaq, la inteligencia es sospechosa: ¡perspicacia de marchitos directores de publicidad! Fue la asociación de ascetas *Del muslo horro - roso* quien ha inventado la idea platónica. Hoy, "la cosa en sí" es una crema. El mundo es chic y está lleno de epilepsia.
– Ya basta, dijo Benjamin, siento náusea cuando oigo hablar de "ley" y de "contraste", decir "pues" y "después". ¿Por qué el cebú ha de ser un colibrí? Detesto la adicción y la abyección. Hay que dejar que la gaviota lustre sus alas al sol y no decirle "pues", eso la hace sufrir.
– Así, pues, dijo Rustregeai, pongamos sobre seguro a Johann, el caballo de tiovivo, ¡y entonemos un himno a lo fabuloso!
– No sé, dijo Benjamin, ¿no deberíamos antes que nada poner a buen seguro a Johann, el caballo de tiovivo? Hay signos anunciadores de un mal inminente. Había en efecto signos anunciadores de un mal inminente. Se había encontrado una cabeza, que gritaba inextinguiblemente: "¡Sangre! ¡Sangre!"; y cuyos pómulos se cubrían de perejil. Los termómetros estaban llenos de sangre y los extensores ya no funcionaban. En los bancos, se hipotecaba la *Guardia del Rin*[2].
– Bien, bien, dijo Rustregeai, ¡pongamos sobre seguro a Johann, el caballo de tiovivo! No se sabe lo que puede ocurrir.

Con un aire azul cielo, con los ojos muy abiertos y completamente bañado en sudor aparecía Johann, el caballo de tiovivo. “No, no, dijo, ¡es aquí donde nací, y es aquí donde yo quiero morir!”
Pero era una mentira, pues la madre de Johann era de origen danés y su padre húngaro. Sin embargo, se pusieron de acuerdo y se lo llevaron aquella misma noche.
– Diablos, exclamó Rustregeai, ¡aquí se acaba el mundo! Hay una pared aquí, esto no va más lejos.
En efecto, una pared se levantaba allí. Que se elevaba, vertical, hasta el cielo.
– Es ridículo, dijo Casaq, hemos perdido el contacto. Nos hemos aventurado en la noche y hemos olvidado atar pesos a nuestras cinturas. Naturalmente, flotamos ahora en el aire.
– Bueno, bueno, dijo Rustregeai, ¡aquí huele a moho! Yo no voy más lejos. Y estas cabezas de pescado, por el suelo...Los perros del mar han pasado por aquí. Sí, han traficado por aquí con los corderos del mar.
– Por el diablo, dijo Leridé, tampoco yo me siento tranquilo. ¿No nos despojarán hasta las orejas de nuestras charlatanescas camisas?
Y temblaba con todo su cuerpo.
– ¡Alto todo el mundo!, ordenó Benjamin. ¿Qué es esto? ¿Un charabán? ¿Verde, con ventanas de barrotes? ¿Y la vegetación?... ¿Pitas, palmas bravas y tamarindos? Casaq, ¡mira qué quiere decir eso en el *Libro de Símbolos*!
– Enojoso asunto, dijo Rustregeai, un charabán en medio de pitas... ¡esto comienza a oler mal! Dios sabe donde nos hemos metido.
– Tonterías, exclamó Benjamin, si no fuese por esta

oscuridad, podríamos ver exactamente lo que es. Ese charlatán de veterinario nos ha indicado mal el camino.
– El hecho es, dijo Casaq, que nos encontramos ante una pared. Es imposible ir más lejos. Gondelieu, ¡enciende la linterna!
Gondelieu buscó en su bolsillo, pero sólo sacó un grueso tubo de órgano azul claro –un objeto del que jamás se separaba.
Repentinamente, se dejó oir una voz:
– Acérquense, señores, ¡van por un camino equivocado!
Era el jefe de tribu Clairdefeu.
– ¿A dónde van así, nocturnamente tanteando? ¿Y con qué ropajes? ¡Descúbranme esas narices de celuloide! ¡Abajo las máscaras! ¡Os conocemos! ¿Qué clase de árboles con campanillas lleváis ahí?
– Son, con perdón de usted, sables de madera, sombreros chinescos y látigos de bufón..
– ¿Y ese instrumento de viento?
– Es el embudo de Nuremberg[3].
– ¿Y esa bola de guata, ahí, en el extremo de su vara?
– Es el caballo de tiovivo Johann, de lo mejor empaquetado en la guata.
– ¡Cuentos! ¿Qué venís a hacer aquí, al desierto de Libia con ese caballo de tiovivo? ¿Dónde habéis cogido el animal?
– De algún modo es un símbolo, señor Clairdefeu. ¡Con su permiso! Tiene en efecto ante usted a los miembros del club esterilizado de fantásticos *El Tulipán azul*.
– Símbolo o no... ¡habéis sustraído ese caballo al servicio armado! ¿Cómo os llamáis?

– Qué individuo más espantoso, dijo Casaq, ¡es una verdadera robinsonada!
– Un espanto para reir, añadió Rustregeai, ¡una pura ficción! Es a Benjamin a quien le debemos esta aria: él imagina, y nosotros soportamos las consecuencias...
– Querido señor Clairdefeu, ni su rudo natural confederado ni su pintura de electuario nos asustan. ¡Tampoco sus efectos usurpados al drama cinematográfico! Pero todavía una palabra más, para ponerle al corriente: nosotros somos fantásticos. No creemos en la inteligencia. Y nos hemos puesto en camino para proteger del populacho a este animal, objeto de toda nuestra veneración.
– Os comprendo, dijo Clairdefeu, pero yo no puedo ayudaros. ¡Subid al charabán con vuestro caballo! ¡Adelante, vamos, sin ceremonias! ¡Al carruaje!
La china Rosalía sufrió para dar a luz. Cinco jóvenes chinos policías vinieron al mundo. Se capturó también, por esa época, un pulpo chino en un canal del Spree, en Berlín. El animal fue llevado al puesto de policía.

III. El fin de Cherchenoise

Como su nombre indica, Cherchenoise -camorrista - es alguien que busca camorras y ama las sensacio - nes. Es uno de esos personajes desesperados y sin catadura moral, incapaces de sustraerse a la influencia de la más ligera impresión. De ahí su triste fin. El poeta ha subrayado aquí particularmente ese aspecto. Así vemos como Cherchenoise sucumbe paso a paso a la obsesión, antes de caer en una pro - funda apatía. Hasta que, después de haber intenta - do en vano conseguir una coartada, cae finalmente en una parálisis de coloración religiosa, que, unida a excesos, acelerará su terrible ruina física y moral.